

LA MEDICINA Y LA CIENCIA DEL HOMBRE

René Dubos *in memoriam*

Dado que la vida humana recibe una profunda influencia del pasado evolutivo, experimental y social, es evidente que la ciencia del hombre no puede de manera alguna basarse exclusivamente en el conocimiento de las reacciones exhibidas por componentes aislados del cuerpo. El pasado, al igual que la mente, desaparece cuando se desmembra el organismo. La aseveración de que la mayoría de las reacciones involucran todo el organismo operante como una unidad integrada es tan obvia que llega a parecer trivial. Pero sus implicaciones para la enseñanza y la investigación médicas son trascendentales.

Ha llegado el momento de dar al estudio de las reacciones del organismo viviente ante su medio ambiente total, la misma dignidad y apoyo que se le está dando en la actualidad a la ciencia de las partes y reacciones aisladas del organismo. Ya que de otra manera, el dar énfasis exclusivamente al enfoque reduccionista conducirá a la medicina a callejones sin salida. A menos que se prosiga vigorosamente un programa de investigación organísmica y ambiental, la medicina será incapaz de soportar la carga que le ha sido impuesta por los problemas de salud surgidos de las nuevas fuerzas ambientales creadas por la vida moderna.

El desarrollo de la ciencia del hombre se tropieza con la inmensa dificultad de que la vida de cada uno de los individuos está constituida por situaciones únicas, las cuales, en consecuencia, parecen ser incompatibles con las generalizaciones de que está formada la ciencia. Sin embargo, de hecho todos los seres humanos tienen muchos rasgos fundamentales en común; lo que es más, casi todos los miembros de una cultura dada comparten cierto número de experiencias, valores y maneras de pensar que permiten que sus reacciones puedan predecirse estadísticamente. Por lo tanto, debería ser posible que la ciencia del hombre se basara en un gran núcleo de suposiciones operantes y evaluar así el efecto que tienen ciertas condiciones ambientales sobre la salud y la acción.

Si consideramos que todas las reacciones importantes tienen múltiples determinantes, será necesario elaborar nuevos métodos científicos para investigar complejos

sistemas en los que diversos factores actúan simultáneamente. Aquí nuevamente tropezamos con dificultades que, aún cuando muy serias, no son insuperables como lo señalan las más recientes experiencias. La capacitación del hombre para desarrollar actividades en el Ártico, en los trópicos o en vehículos espaciales, el estudio de los “lavados mentales” y de las varias formas de privaciones sensoriales causadas, por ejemplo, por la reclusión o el trabajo sistematizado, son tan sólo algunos de los ejemplos de las exigencias prácticas que han obligado a desarrollar métodos que den un enfoque multifactorial a los problemas humanos. Estoy convencido de que si los cultivadores de la ciencia médica se lo propusieran, la medicina organísmica y ambiental muy pronto se convertiría en un campo productivo de la ciencia.

El estudio de los complejos problemas que plantean las reacciones humanas ante nuevos medios ambientes requerirá, desde luego, de la participación de muchas especialidades científicas a más de la medicina. No obstante, la medicina parece ser la más apta para presidir, de manera arquitectónica, el desenvolvimiento de una nueva ciencia del hombre. Admitiendo que sobre los médicos pesan las limitaciones impuestas por su formación inicial en el estudio de varias ciencias especializadas, tienen estos la abrumadora ventaja de adquirir experiencia al lado del paciente, lo cual les permite captar las necesidades y potencialidades fundamentales de la condición humana. Fruto de la capacitación médica es precisamente el conocimiento concreto de la complejidad y plasticidad de la naturaleza humana, y de la forma creativa en la que la mayoría de los hombres responde ante el desafío del medio ambiente.

El desarrollo de métodos que estudien las reacciones de todo el organismo integrado, complementaría el análisis reduccionista de las estructuras y mecanismos, incrementando así en enormes proporciones el ámbito de las ciencias biomédicas. De hecho, el estudio de las reacciones en integración es biología médica *por excelencia*, ya que proporciona información que puede contribuir directamente al bienestar del hombre. La medicina tiene como papel primordial ayudar al hombre a funcionar bien, mientras más tiempo mejor, y de ser posible experimentando felicidad en el logro de sus tareas,

La medicina parece ser la más apta para presidir, de manera arquitectónica, el desenvolvimiento de una nueva ciencia del hombre

ya sea que se afane en pos del pan de cada día, que cree civilizaciones urbanas, que escriba un poema o que trate de llegar a la luna. Estos ejemplos no han sido tomados al azar. Los he seleccionado porque simbolizan la relación que la medicina tiene con todas las actividades humanas, con las reacciones del hombre en los mundos de la naturaleza, del pensamiento, del sentimiento y de la tecnología.

En los albores de la civilización, la medicina fue la madre de las ciencias y desempeñó un gran papel en la integración de las primeras culturas. Posteriormente y por mucho tiempo constituyó el puente de un cierto contacto entre la ciencia y el humanismo. Hoy en día tiene una vez más la oportunidad de convertirse en fuerza catalizadora de la civilización, porque puede señalar las necesidades y proporcionar la dirección para el desarrollo de una ciencia del hombre. El continuo crecimiento de la civilización tecnológica, su supervivencia misma, exige que se amplíe nuestra comprensión de la naturaleza del hombre. Sus funciones serán correctas, sólo si se logra la compatibilidad de su medio ambiente externo con las necesidades creadas por las características que ha retenido de su pasado evolutivo, experimental y social, y por las que creen sus aspiraciones para el futuro. En su forma más elevada, la medicina sigue siendo potencialmente la expresión más rica de la ciencia porque se preocupa de los diversos aspectos del hombre en su humanismo. ☒

René Dubos (1901-1982). Microbiólogo, patólogo experimental, ambientalista y humanista norteamericano, nacido en Francia. Ganó el Premio Pulitzer para obras de no ficción generales por su libro *So Human An Animal*. Sus principales trabajos bacteriológicos los realizó en el Instituto Rockefeller para la Investigación Médica de Nueva York, hoy convertido en Universidad. El trabajo que aquí presentamos es parte de la conferencia que sustentó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México el 10 de agosto de 1965, publicada en la *Revista de la Facultad de Medicina* en ese mismo año.

